

EL DÍA DE CUENCA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE, REGIONAL Y DE INFORMACIÓN

Año I. Viernes 4 Diciembre 1914. Núm. 4
SE PUBLICA LOS VIERNES
PAGOS ADELANTADOS

Director: Hldefonso Velasco.
Oficinas: Quince de Julio, núm. 25

SUSCRIPCIÓN: En la Capital, 0,90 trimestre.—Provincia, 1 pta. id.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
Número suelto, 10 céntimos.

Madrid, 29—1914

Aprobado definitivamente Cuenca-Utiel.
Entusiasta enhorabuena.

Cobo, Correcher, Montejo, Tejada, Ba-
llesteros.

Madrid, 29—2015.

Presidente Consejo Ministros.

Muy reconocido á su amable telegrama.
Dato.

Cuenca, Madrid, 29—24.

Ministro Gobernación. Veo y agradezco su
telegrama. Celebraré que los hechos acredita-
do como suelen mis palabras hayan con-
venido á todos del acierto con que proce-
dieron accediendo al ruego que en mi despa-
cho formulé y dando por buenas las ofertas
que á nombre del Gobierno hice. Saludo á
todos muy cariñosamente y estaré siempre
dispuesto á laborar en defensa de los inte-
reses legítimos de Cuenca.

Madrid, 2-16.

Presidente del Consejo de Ministros á Go-
bernador.

Recibido telegrama haga presente vuecencia
mis reconocimientos á Junta gestora
F.-C. y al Excmo. Sr. Obispo por sus ama-
bles manifestaciones.

YA PASÓ...

Habla el último mono.

En el momento que tomo la pluma para
malhilvanar estos renglones, se desliza de
todos los labios la anhelada nueva. Hoy ha
sido votado definitivamente el nuestro. Este
nuestro, es el ferrocarril de Cuenca-Utiel, y
refulge en el mirar de todos los conquenses
una emoción de bienestar, un destello de
alegría, un algo de sosiego. Yo, también,
aunque no soy conquense de derecho, estoy
henchido de satisfacción y de júbilo; pero
este estado jovial que cristaliza el entusias-
mo de la inesperada grata, no ha consegui-
do borrar las huellas, que siniestros zarpa-
zos sangraron el recio tabernáculo, donde
los hombres de recto pensar, los hombres
sinceros, los hombres sin aparente fingi-
miento, encierran el más preciado tesoro
moral; la razón.

¡Cuántas cosas ignora uno! Entendién-
dose por ese uno, el que esto escribe.

Yo esperaba que ese noble entusiasmo
se cristalizase en una idea hermosa, grande,
histórica, que perpetuase el agradecimiento
al Gobierno, fiel cumplidor de su palabra;
á los representantes, por sus múltiples sa-
crificios para realizar el logro de las aspi-
raciones de la provincia, en un asunto de
tan vital interés, y á la Junta Gestora, por
su movimiento continuo, hasta ver realizado,
con éxito, el fin para que fué creada.

Aparte de los rituales telegramas de felici-
tación, más ó menos encomiásticos á las
diferentes personalidades, acordados en la
sesión magna, celebrada el día 2, debieron
concurrir á dicha sesión todos los miem-
bros, sin excepción ninguna, y haber acor-
dado la redacción de una proclama al su-
frido pueblo conquense; haber señalado día
y hora, en fecha no laborable, para una
grandiosa manifestación, invitando á las
Corporaciones, Entidades, Centros, Depen-
dencias, Comercio, Representaciones de los
pueblos (ya que por nimios motivos van y
vienen) á los vecinos para que engalanasen
los balcones, repartir bonos á los pobres y
terminar tan solemne fecha con un ban-
quete, haciendo venir ad rem á los repre-
sentantes en Cortes á ocupar el puesto de
honor.

Como los hay muy suspicaces, en esta
última parte de mi utópico programa, ha-
brán creído ver algunos, el justo acomodo
de los fondos sobrantes que, según el ce-
loso tesorero, Sr. Arquer, merecedor de toda
clase de plácemes por su laudable labor,
son 1.800 pesetas, que casi toqué y casi vi,
y que deben ser donadas á la sociedad «La
Fraternal», para aminorar la epidémica cri-
sis obrera.

Esto es, sucintamente, lo que á mis cor-
tas luces ha debido de hacerse, ya que des-
pués de tan penoso calvario hemos llegado
á la cima y el éxito ha coronado nuestros
esfuerzos.

¿Que por qué no se ha hecho? No es tan
difícil contestar á esa pregunta.

Más ó menos alegres, ó más ó menos
cariacontecidos, digamos lo de nuestros
antepasados, al abandonar el retablo de
maese Pedro:

Acta es fábula.

De la Ventilla á Mangana

Sección Comca.

La otra noche siguiendo mi costumbre
cenado ya, abandoné mi casa,
y me marché derecho hacia el casino,
¡Jesús y que algarazal!
¡Hasta don Juan, orador filosófico
arengando á las masas!
¡Viva el Ferrocarril! ¡Que viva Cuenca!
¡Que nos toque el maestro, La Tarara.
Era un torrente de entusiasmo sano.
En todas las miradas,
mil destellos lucían de alegría,
y como el buen humor pronto cortagia,
todos los concurrentes nocturnales
nos echamos las penas á la espalda.
Buscóse un organillo
á fin de organizar la serenata,
oficiando de heraldos,
por calles y por plazas,
pero no se encontró. Pronto se dijo
que á buscar dos guitarras,
y yo, que soy más músico que Weber
con un hermano que no va á la zaga
y otros amigos se ensayó la murga
y para ir afinando las gargantas
tomamos unas copas de lo bueno,
y cuatro ó cinco cañas
pues nuestro itinerario
era mayor, que el de Semana Santa.
Venían en el quorum
personas elevadas
que ostentan altos cargos
y de una probidad desmesurada,
cuyos nombres me dicen que los calle;
pues callados están. Rota la marcha
por el Quince de Julio, los cohetes,
en la quietud callada
de la noche, rasgaban el silencio,
y el fragor del estruendo despertaba
al quieto vecindario.
Y así por el mercado y por la plaza,
cambiando de cilindro,
tocando la Matea y el Sarasa,
el Ladrón, Serafina y otras piezas
que cantan las criadas en las casas.
Llegamos al palacio del Obispo,
cantamos cuatro coplas muy serranas
y por la calle Estrecha
dando vivas, chispazos y metralla,
á la Carretería,
y enfrente del café de La Constanca
rompimos filas.
Como á mí no me gusta la falacia
(y no crean algunos avispados,
que me refiero á faldas)
hago constar, que en todo el recorrido
reino moralidad, orden y gracia.
Sacaron nuevamente otras botellas
de Sidra achampagnada,
se chocaron los vidrios,
brilló la alegre charla,
y cada cual, cuando mejor le plugo,
tomó la veredita de su casa.

El tío Corujo.

NUESTROS POLÍTICOS

En el Ayuntamiento.—El señor Moreno no quiere logonazo.—La crisis
agraria.—Las subsistencias.—Sus propósitos.

Hemos estado en Cuenca muchas veces,
pero nunca con el tiempo necesario para po-
der admirarla por entero. Ahora sí, fases de
la vida, de esta vida que arrastramos, voluble
como una veleta y que alguien ha llamado
inhumana, nos ha arrastrado á Cuenca, qui-
zas á vivir hasta nuestro último momento,
quizás para llevarnos á un extremo del mun-
do dentro de días. ¡Quién sabe!

Hemos recorrido muchas veces la parte
venerable de la Ciudad legendaria, y cuando
después de soñar con la vida de otros siglos,
hemos descendido del barrio del Castillo
á la Ciudad nueva, hemos experimentado
la dulce sensación de contemplar la cara ter-
sa, rosada, nacarina de una joven de 15
años, después de haber visto como una pe-
sadilla, la cara rugosa y verde de una bruja
de aquelarre, de una echadora de cartas, de
una adivinadora misteriosa.

Al contemplar la parte limpia, riente de la
moderna Cuenca, hemos sentido vivos deseos
de conocer á sus autoridades, á sus arqui-
tectos idealistas, y sin más pensarlo, hemos
solicitado una entrevista con su primer ad-
ministrador, con el Alcalde D. Eduardo More-
no, para continuar la serie de entrevistas que
venimos efectuando.

—Pasen ustedes y tengan la bondad de
esperar un momento,—nos ha dicho un al-
guacil, un ujter.

Hemos entrado en el despacho presiden-
cial, amueblado con delicadeza, alegría y co-
modidad de oficina inglesa. Todo está en or-
den, todos los trastos son de color suave,
amable al par que severo á la vista. Enfrente
nos encontramos á D. Eduardo Moreno.

Ya le conocéis vosotros. Su cara está divi-
di la por una vena negra que asemeja un
paréntesis, una frontera entre su boca de ri-
stus, risueño y sus ojos seguros, pensativos y
tristes. Nos hemos saludado, y luego, con la
impaciencia de conocer su vida, su carácter,
sus ideas, sus iniciativas, hemos comenzado
á preguntar agobiantes, molestos como mos-
cardones.

—¿....?

—¡Oh, no! yo no soy político. Soy uno de
los muchos brazos que mueven aquí los je-
fes del pensamiento, las cabezas; soy un sol-
dado raso, estoy bajo las órdenes de mis su-
periores, de mis generales, el jefe provincial
conservador, Sr. Conde de San Luis y el lo-
cal D. José Cobo... No, no es modestia.

—¿....?

—No, no; afortunadamente aquí la crisis
agraria que sufren otras provincias, puede
considerarse nula. El Ayuntamiento está en
muy buenas condiciones, cuenta con sufi-
cientes fondos y tiene varios proyectos de
urbanización. Podemos contrarrestar sin es-
fuerzos, las salpicaduras que nos ha llegado
á consecuencia del conflicto Europeo y que
no son pocas.

—¿....?

—¿Quiá, es decir, un poco, muy poco, sí;
se han perdido muchas cosechas y eso, na-
turalmente, hace ascender el precio de las
subsistencias. Pero el aumento es insignifi-
cante y los vecinos, conocen sus causas, que
es lo principal para contar con su aproba-
ción y su ayuda.

—¿....?

—Si muchas. Son muy buenos los deseos,
y mejores aún, si cabe, los proyectos. En
poco tiempo, Cuenca podría ser una provin-
cia de primera clase.

—¿....?

—Por lo pronto, una Escuela para seis
secciones, con arreglo á los últimos adelan-
tos higiénicos; un mercado, para ponernos á
tono con las exigencias de la época actual, y
luego.... me permitirán ustedes que me re-
serve otras iniciativas, que serán otras tantas
sorpresas para nuestros convecinos.

Callamos y asentimos.

No queremos molestar ni robar algún tiem-
po más á este hombre idealista; regenerador
de la población, en el que todos vosotros,
conquenses, debéis adorar, por que es como
el clarín de vuestra futura prosperidad, de
los venideros industriosos y riqueza de vuestro
terruño.

Juan Miseria.

La Correduría

(Anales de un barrio que desaparece) (I)

(Continuación)

Tañía el tambor, arrebatado á coces y
mamporros alregonero público,—y no per-
teneciente á las cofradías de Semana Santa,
como dice Muñoz y Soliva,—Antonio Muñoz,
más conocido por el alias de San Roque.
Paso por alto,—pues no está muy clara,—la
intervención del canónigo Leoz en estas an-
danzas y reservo para otro momento hablar
de algún regidor que contemporizaba con los
amotinados; si diré cómo los grupos, que
acrecían á medida que avanzaba la tarde, se
estacionaron frente á San Felipe Neri, donde
vivía D. Pedro de la Iruela, ganadero y De-
positario del Pósito Real, y entre vayas y
muertas asaltaron la casa, la registraron mi-
nuciosamente y arrojaron por los balcones
ropas y muebles, con los cuales hicieron una
hoguera, la cual por último envolvió la ha-
bitación allanada y alguna de las contiguas.

Ha pocos años, que un mal aconsejado
Alcalde, hizo derribar aquellas pintorescas
viviendas, cuyos portales, graderías y me-

dianiles estaban escavados en la roca; y en-
tonces aparecieron maderas carbonizadas y
una puerta rota, de recios herrajes, que me
regaló el contratista D. Hipólito Ruiz, mi
estimadísimo vecino. También poseo trozos
de yeserías renacientes—adorno de las estan-
cias de la casa de Iruela,—de bellos y estil-
izados follajes, combinados con animales fabu-
losos y orlas geométricas,—que destino al
Museo Provincial,—si el tejer y destejer
acuerdos del Concejo no me impide instalarlo
en La Merced,—juntamente con otros curio-
sos restos del Cuenca antiguo.

Don Pedro de la Iruela, advertido por la
gritería, huyó por los tejados, hasta dar en el
Convento del Carmen, y más afortunado que
su colega de Zaragoza, libró la vida y escapó
de la ciudad.

Las llamas que chamuscaron el ajuar del
miserio administrador del Pósito Real; llegaban
hasta el tejado de San Felipe,—cuya fachada
ennegrecieron,—y en sus inmediaciones per-
manecieron los amotinados hasta las diez de
la noche, poco más ó menos. A esa hora,
ante las entreabiertas ventanas de las casas
de Antonio Ximénez de A. y Camacho, de
Pedro López de Llerena,—amanuense del